

LA SUNTUOSIDAD EN LOS DESFILES PROCESIONALES

La procesión no es sólo el acto más público y notorio que efectúan las Cofradías, sino el más polémico. En esta lucha interna entre los que abogan por una Iglesia asequible y sencilla, despojada de todo ornato, muy próxima a la simplicidad luterana, frente a quienes defienden la riqueza cultural católica, éste acto público no carente de cierta provocación, a menudo ofende sensibilidades. No porque se comprenda su sentido, sino por la esplendidez de su manifestación. Lamentablemente, no provocamos a quienes nos ven por manifestar que “la cruz, el nazareno, el crucificado, el resucitado, Jesucristo, es el Redentor” “Nuestro Dios” “Que ésta es nuestra fe”, insultamos por atesorar enseres hermosos y revestir el cortejo de suntuosidad. Incluso, a sabiendas de su falsedad, se nos increpa que es la única actividad que realizamos a lo largo del año.

Las Cofradías nos consideramos “malqueridas” en esta gran Comunidad que es la Iglesia porque descubrimos en nuestro entorno miradas estrechas y obsecadas. A juicio de muchos, propios y extraños, sólo estamos interesadas en lucir objetos y ornamentos fastuosos olvidando lo más elemental de la doctrina cristiana, la caridad. Es más, se afirma que entre nosotros hay rivalidades y competiciones por ser los más elegantes, los más ricos, los más ...

Indudablemente hay muchos que no nos quieren. No podemos explicarlo de otro modo. Pues necesario es reflexionar que lo que en los hombres hay de “anhelo de Dios”, de la búsqueda de lo divino está cargado de lo mejor de nosotros mismos ¿Quién puede negar esto? Cuando nos acercamos a Él, por medio de la oración, visitando un lugar sacro o contemplando una imagen sagrada que nos sale al encuentro nos predisponemos generosamente a la bondad. Nos hacemos mejores, brotan en nuestros corazones los sentimientos más puros y nobles ¿Quién puede dudar de esto? Y nos preguntamos asombrados ¿Quién puede acercarse a Dios albergando maldad en su interior? ¿Quién puede permanecer cerca de Él con actitudes tan mezquinas? En definitiva, ¿Cuál es, por tanto, el verdadero sentido de esta riqueza manifiesta?

Casi nadie se extraña al entrar en un templo construido en siglos pasados de las maravillas que contiene. Nada más entrar el altar mayor nos atrae y nos atrapa. A medida que avanzamos, esa gran máquina dorada se nos echa encima y nos retiene con su resplandor. Es imposible apartar la vista de él. Las escenas de la vida de Cristo o María dispuestas en sus calles compiten con imágenes de ángeles y santos colocados en los intercolumnios para captar nuestra atención. Rodeados todos ellos de volutas, pilastras y columnas recubiertas de pan de oro cuyo fulgor, que imita la luz de la gloria, ha quedado apagado por siglos de pátina y polvo. Las capillas de las naves laterales más modestas en dimensiones, representan en imágenes a tal o cual santo, como una ventana abierta al cielo a través de la cual se nos presenta uno de nuestros hermanos en la fe glorificado como nexo de unión entre el mundo invisible y el visible, con sus inevitables tímpanos sostenidos por jambas arquitectónicas y doradas. Todo les pareció, a quienes construyeron y adornaron el edificio, digno para la casa de Dios. Incluso la fábrica con sus sillares de piedra regulares, sus bóvedas y artesonados de maderas nobles, sus portadas bellas y elegantemente decoradas. Todo parecía propio para el que habita el recinto. Y a nosotros a fuerza de verlo, natural y adecuado. Es más, nos gusta. Nos gusta tanto que elegimos cualquiera de estos vetustos templos para celebrar nuestros acontecimientos familiares más significativos, dejando de lado esas insulsas, frías, modestas y ... feas iglesias que tanto proliferan en nuestros barrios nuevos. Lo más chocante de todo es que aquellas gentes que hicieron posible esos templos y que los decoraron con los objetos más bellos y ricos de su tiempo pertenecían a sociedades menos opulentas que la nuestra.

En nuestros pueblos aún se nos muestra visiblemente la importancia que para todos nuestros antepasados tenían “las cosas de Dios”. Así al divisarlos de lejos presentan una imagen insistentemente repetida. En torno al caserío, en lugar destacado, se alza como punta de lanza, una construcción más elevada y grande. Aunque los materiales sean idénticos al resto de las construcciones, la Iglesia es perfectamente identificable incluso de lejos.

En cambio, en nuestras ciudades cada vez se hace más difícil localizar una Iglesia de nueva factura. En ocasiones parece increíble el lugar que ocupa: un bajo de un edificio de viviendas, una nave que en la mayoría de los casos encontramos toscamente terminada. Paredes sin enlucir, forjados vistos, pavimentos baratos conviven con imágenes solitarias situadas en medio de paredes desnudas que estremecen al contemplarlas por su gélido ambiente.

Nuestra sociedad es capaz de construir este tipo de templos en medio de urbanizaciones de lujo donde las comunidades de vecinos gozan de espacios verdes, canchas de deporte y piscinas exclusivas y parecerle bien. Somos capaces de mantener una Iglesia en una nave hormigón cubierta de uralita durante años con una escuálida cruz en su lado más visible en medio del lujo más sofisticado y no sorprendernos ni avergonzarnos. Es más, incluso lo justificamos: Nuestro Dios, todos lo sabemos, se humilló para hacerse uno de nosotros. Su vida terrenal transcurrió entre gentes sencillas. Es

más, nos advirtió que Él estaría en todos aquellos desheredados del mundo. “Los sin techo”. Por ello creemos que le es ajeno todo atisbo de riqueza y por eso nos parece bien que la suya sea la casa “más humilde” del barrio. Diríamos más, nos hacemos un Dios “a nuestra imagen y semejanza”: parco, sobrio y a veces ... triste. Lejos de El que se nos muestra generosamente en la exuberante hermosura de la Creación.

Y así deseamos, por tanto, esos proyectos de antaño, esas construcciones espléndidas y suntuosas que no fueron levantadas para orgullo de los hombres, como creemos, sino para Dios como presente y reconocimiento de “sus criaturas” al “Dador de la Vida”. Nuestras Iglesias, así lo creemos, intentaban acercar y mostrar a los fieles ese lugar perfecto y bello que es “la ciudad donde habita Dios”. A través de la magnificencia terrena se intentaba reflejar el esplendor celestial. Los dorados, la belleza de las imágenes, las obras artísticas de los hombres imitan la belleza de la Gloria, obra de Sus Manos.

A nosotros estos templos nos sirven sólo de reclamo turístico para nuestras ciudades y para “decorar”, como dijimos al principio, nuestras celebraciones particulares más significativas.

No entendemos, ése es el problema. Y como no entendemos esto, tampoco comprendemos porqué una Cofradía que se manifiesta por las calles portando objetos ricamente decorados sigue haciendo uso de esa magnificencia que muestran nuestras antiguas Iglesias como un claro signo de la prolongación del templo al exterior. A menudo se nos tacha de “hijos pródigos” a los que no les cabe más que volver “al redil”. “Volver al templo”. No, nos es eso. Salimos para inundar las calles de religiosidad. Declaramos a quienes nos ven nuestros sentimientos más íntimos y valiosos, nuestra fe. Pero nuestras manifestaciones, tienen mucho de muestra y por tanto quienes nos contemplan creen que sólo son eso, una expresión y nada más.

Antaño se comprendía todo esto. La gente reconocía su pequeñez y confiaban plenamente en la providencia divina. Y así los que no acostumbraban a ir a la Iglesia se encontraban de repente con aquellos cortejos solemnes de fieles en los que Dios les salía al encuentro a través de las imágenes. Esta visión conmovía esos espíritus apartados y los reconducía, no a las imágenes, sino al Ser que representaban éstas y en unos instantes surgía el diálogo íntimo con Dios, la oración. Al igual que sucedía en el interior de los recintos sagrados, la realidad era transformada “visiblemente” para mostrar el “mundo invisible” al que estamos llamados. Por eso la procesión intenta mostrar ese mundo extraordinario que tan poco tiene que ver con el nuestro. Por ello, queremos indicar, que todo lo que una Cofradía muestra en su cortejo pertenece “a lo sagrado”. Así cuando un “paso que no es más que un “altar móvil” ricamente decorado es asistido por un servicio de acólitos lujosamente vestidos manifiesta su pertenencia al “Señor de la Gloria”, al “Rey de Reyes”. Ése es su sentido y significación.

Y por ésto, si la imagen dolorosa de la Madre de Dios, aquella dócil mujer de Nazaret, nos es presentada bajo palio y luciendo ornamentos reales, corona y manto ricamente decorado, queremos manifestar que Ella, Madre del Cordero Pascual, al participar junto a su Hijo de su Pasión, Muerte y Resurrección y en atención a ello, fue elevada por el Altísimo y proclamada “Reina del Cielo”. O sea por medio de la representación de la imagen del María se muestra ante los fieles una verdad catequética: María, Madre del Redentor y Co-Redentora es proclamada Reina del Cielo.

Hoy en día, la oración espontánea que las imágenes sugieren en los corazones, queda desvanecida por el tumulto callejero porque no se sale al encuentro de una manifestación religiosa sino, a contemplar un espectáculo. Lo hemos constatado en muchas ocasiones, nos “distraemos” más desde la acera que dentro del cortejo. Se mira más el espectáculo que su significación. Nuestra sociedad, a diferencia de las anteriores, es más orgullosa, más autosuficiente. Prescinde de Dios aun mostrándose ante sus ojos.

Si, no nos olvidamos, sabemos que la mejor excusa, perdón, razón que tienen todos los que critican el fasto de siglos pasados de las viejas iglesias y las procesiones es el recuerdo de los pobres. De repente todos se acuerdan de esos hombres desheredados, apartados injustamente de su herencia, de lo que les corresponde por derecho en este mundo. Se tiene la certeza de que “si los templos se despojaran (Despojarle a Él, no a nosotros) de sus riquezas, la pobreza quedaría erradicada. Como cuento no queda mal. Lástima que lo sea. Pues la pobreza es hija de la injusticia que provoca la rapiña y el robo de quienes no se contentan sólo con lo suyo y quieren también lo que tiene los demás. Porque no se trata de despojarnos de algo de lo que tenemos (como limosna) sino de no consentir el hurto antes aludido. No habrá, como no lo hubo en tiempos pasados (luteranismo) ni siquiera una reducción de la pobreza (como tampoco la hubo entonces) si se tomara la decisión de despojar a la Iglesia de sus riquezas. Pues como entonces, la avaricia, hija del egoísmo, impediría el justo reparto de la riqueza.

Con esto no queremos decir que no debemos ocuparnos de estos nuestros hermanos más desfavorecidos, al contrario. Todos sabemos que quienes son generosos lo son en todo. Por ello no cabe pensar que quien “atiende a Dios” y a las necesidades de “su casa” no se preocupe de aquellos que “son Sus preferidos”.

